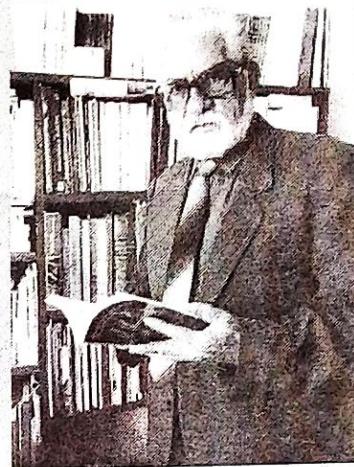


Erasmo Zarzuela Chambi
Figura. Óleo 120 x 100 cms

Carta a Alberto



Corpus simbólico

También para el cabalista todo lo que existe está en una interminable correlación con toda la creación; también para él, todo es reflejo de todo. Pero descubre, además, algo que no está cubierto por la red alegórica: un reflejo de la verdadera trascendencia. El símbolo no "significa" nada y no comunica nada, pero hace transparente algo que está más allá de toda expresión. Allí donde una penetración más profunda en la estructura de la alegoría descubre nuevas posibilidades de significación, el símbolo se entiende inmediatamente por medio de la intuición o no se entiende en absoluto. El símbolo en el que confluyen la vida del Creador y la de la creación y se unen en una sola cosa es –para emplear las palabras de Creuzer– "un rayo de luz que, salido de las profundidades sombrías y abismales de la existencia y del conocimiento cae en nuestros ojos y penetra todo nuestro ser". Es una "totalidad momentánea que se percibe intuitivamente en un ahora místico: la dimensión del tiempo propia del símbolo. El mundo de la Cábala está lleno de tales símbolos. Es más, el mundo entero es para los cabalistas un corpus simbólicum.

Gershom Scholem en: *Las grandes tendencias de la mística judía*.

Hace un año te fuiste, Alberto, sin motivo. Te fuiste, o jugaste a marcharte. Hasta para ese orden de partidas fuiste hábil y, en un juego de manos, en realidad, terminaste escondiéndote, haciéndote transparente.

Mientras tus entrañables te lloraban y pugnaban con un vacío imposible de llenar, tú discurrías por circuitos infrecuentes, por territorios inexpugnables al ojo cotidiano. De este modo, continúas hablando, riendo, oficiando, farfullando; venciendo a las delicencias del tiempo, a la conspiración del olvido y, a esa ilusión imposible: la muerte.

La memoria es una zona de alta conspiración y de soles plurales. En ella se teje el sentido secreto de las cosas. En ella dibujamos la realidad a nuestra medida, con los colores que nos dicta el corazón. En ella viajamos y nos reencontramos con nosotros mismos y los otros. En ella nos extraviamos y accedemos a los misterios de un tiempo sin orillas. En ese campo de árboles perennes estás tú, Alberto, caminando como siempre, viviendo como siempre.

En la memoria y en la suma de memorias de quienes te quisieron (y te quieren), te conocieron (y continúan conociéndote), habitas. Estás, carajo, estás. Con tus papeles, tus libros a medio escribir, jalando poemas ariscos, con las canciones de Atahualpa Yupanqui, tu poncho y la campanilla para ahuyentar los espíritus malos. Con la boca plena de palabras, con ese viejo silencio que te acudía a la hora del crepúsculo.

Ahora habitas este mundo de otro modo. Y aunque rozas la ronda del carnaval y sus viejas desdades taciturnas, aunque tu escritura continúa reescribiéndose en el aire que se respira a los pies del San Felipe, aunque imperceptiblemente nos atraviesas en una calle cualquiera, tú continúas creciendo desde una luz cotidiana, en la revelación de los milagros gestados en la intimidad de las cosas. En realidad, el valor de los seres no está en el tiempo que ellos duran, más bien, en la intensidad con que transcurren, y se quedan sin quedarse.

Alberto, permíteme abrir esa mañana, en que sobre la mesa de tu casa, abrimos el libro de Vallejo, que se abrió en un poema, y me reveló tu voz temblorosa tallando una melancolía que no cesa. Una dicha que no cesa.

Edwin Guzmán Ortiz. Poeta. Oruro

